

Por un verdadero milagro no estalló un incendio, porque como se invirtió el orden que se observa en los buques, de tenerlos aseados constantemente y no permitir que se encienda fuego si no es en el salon de fumar y jamás en los camarotes, la multitud de familias á las que sólo se les daba diariamente una pequeña racion, encendian reververos y hacian té, café y algunas comidas, cosa en verdad peligrosísima, que de un momento á otro nos hubiera hecho volar hasta las nubes.

Habia otro gran peligro: la aglomeracion, que pudo haber desarrollado una epidemia, y entónces sí que todos los que íbamos entre aquel tumulto, no hubiéramos dejado de ir á visitar las profundidades del océano.

Llegó el dia de avistar las playas de Chile, y entónces el capitán dispuso comenzar á desembarcar en ellas á las familias en las diversas poblaciones que se fueran tocando cada dia.

Nuevos episodios dolorosos, motivos mas profundos de odio á los peruanos

por el inhumano decreto de ostracismo á los chilenos que habitaban el territorio peruano: porque las familias que iban llegando á su patria despues de muchos años de ausencia, desconocidas de sus compatriotas, sin un amigo, y finalmente, extranjerás en su propio país y las mas de ellas sin recursos por haberlos tenido que abandonar en el Perú, ¿qué harian al llegar, sin un pedazo de pan para alimentarse esa primera noche, con su equipaje tirado en la playa, sin un cuarto para conducirlo á la poblacion, rodeados de su padre ó su madre ancianos, de sus hijos pequeños que lloraban de hambre y, en una palabra, víctimas de la situacion mas espantosa, sin habérsela procurado?

Era preciso que esto provocara el encono, el odio mas implacable á los enemigos, y que la revancha fuera terrible.

¡Ah, María!

Yo acabo de ser testigo de escenas indescriptibles y que la pluma se resiste á estampar en el papel; escenas re-

pugnantes que sólo pueden surgir de la guerra, jazote cruelísimo que ha hecho desaparecer muchas naciones, haciendo sucumbir millones de hombres!

Apénas tocamos la primera población chilena, poco distante de la playa, comenzaron las familias á recorrer la vía dolorosa: se trajeron al costado del vapor dos ó tres grandes lanchones, colocando en ellos los enseres y equipajes que estaban mas á mano para conducirlos á tierra. Las familias á quien estos muebles pertenecían, se veían obligadas á desembarcar con ellos, pues ¿qué otra cosa podían hacer en tales circunstancias?

Muchas de estas desventuradas lloraban á lágrima viva, porque salían sin un centavo, pensando en la horrorosa miseria que las aguardaba, acordándose de las comodidades que habían dejado en el Perú y que la injusticia de los hombres les habían arrebatado en un instante.

Y lo peor del caso era, que no les valían sus ruegos para su traslación mas

adelante, porque los marineros que se ocupaban en desembarcar sus efectos, ó estaban distantes, ó entre la algazara no oían las súplicas de los que les pedían que no era allí donde deseaban quedarse en tierra: seguían impávidos desembarcando equipajes, fueran de quien fueren, cumpliendo en esto su consigna.

Hubo vez, en los diversos desembarcos que se verificaron, que una parte de la familia se quedara en tierra y la otra siguiera á bordo, sin detenerse el vapor á pesar de los lamentos de unos y otros, que no eran oídos del capitán, mezclado entre la multitud ó metido en su camarote.

Esto era desgarrador; pero era necesario que se cumplieran las leyes inexorables del destino que no permitía auxilio ninguno á los desgraciados por mas que hubiera en medio de aquellas borrascas mas de un buen corazón.

Los que quedábamos en el vapor y que seguíamos tranquilamente nuestra ruta, nos preguntábamos unos á otros

después de cada desembarco de familias en puertos ó playas que no conocían: ¿qué harán ahora estas desgraciadas? ¿cómo conducirán sus muebles y equipaje á la población vecina, cuando sin dinero no se puede hacer nada? ¿qué comerán esta noche? ¿qué harán mañana y los días siguientes, rodeados por todas partes de miseria, sin un amigo, sin un conocido que los libre de ella?

Preguntas eran éstas que nos llenaban de consternación y no podíamos ménos de exclamar: "La maldita guerra tiene la culpa de tanto intortunio, de que sufran hasta los inocentes y de que se desgarran las entrañas dos naciones hermanas; ¿y por qué? por un miserable puñado de salitre que ha hecho tomar las armas no solamente á Bolivia, sino á Chile y al Perú complicados por aquella."

La mañana que avistamos á Valparaíso, solo quedaban á bordo las pocas familias chilenas que habían pagado su pasaje hasta este puerto y los que nos embarcamos en Panamá.

A tu consideración dejo, María, ¿cómo quedaría el vapor de tanta suciedad por la muchedumbre que lo ocupó y los muchos días que permaneció sin asearse, como es de costumbre, á tarde y mañana!

Era uua costra de cieno y basura como de cuatro dedos, así como de una hediondez insoportable.

En fin, á las nueve de la mañana, terminaron nuestros trabajos, desembarcando en una escalinata que queda frente á la aduana, mediante una lancha que nos condujo de á bordo.

Ya en tierra, se procedió al registro de los equipajes y después de éste, cada cual se fué á donde quiso, y yo al hotel del Comercio, que no estaba muy distante del muelle en la calle de Cockrane.

Habiendo terminado de narrar las emergencias acaecidas en la navegación que hemos hecho entre el Perú y Chile, voy á comenzar á transmitirte, amigamía, mis impresiones de la segunda, como te ofrecí al principio de esta car-

ta; pero siendo ya tan larga, y estando tú fatigada probablemente con su lectura, mejor es que lo verifique en la siguiente, que será dentro de una semana que haya yo visto gran parte de la ciudad.

Adios, querida.

Valparaiso, Abril 22 de 1879.

MARÍA QUERIDA:

Para parcer con orden, te voy á describir el aspecto de la bahía del puerto y en seguida comenzaré á hablar del de la ciudad.

Como á las cinco y media de la mañana se comenzaron á percibir las montañas que hacen fondo á las costas de Valparaiso, y aunque no distábamos de ellas gran trecho, no se veía el panorama de la ciudad, como se ven á mucha distancia los de San Thomas, la Habana, etc.; esto era, segun comprendí des-